

EL LLAMADO DE LAS CAMPANAS

Por **Bárbara Hand**

Adaptado del libro Alice Princess, por Alice Princess Siwandhla.

ALICIA protestaba, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

-¡No quiero bañarme! -gritaba-. Ninguno de los otros niños de la aldea se baña. ¿Por qué tengo que hacerlo yo?

Tillie, que era unos años mayor que Alicia, miró severamente a su hermanita. Parecía estar furiosa.

-No te olvides de papá -dijo Tillie-. ¡No te olvides que solíamos vivir en una linda casa, y que usábamos zapatos e íbamos a la iglesia y a la escuela, y leíamos libros! Entonces estabas limpia, y papá hubiera querido que ahora también lo estés.

Cuando Tillie hablaba así, Alicia sabía que debía obedecer. De modo que corrió al lago cercano y se refregó bien hasta quedar limpia.

Después del baño, Alicia se sentó sobre el piso de tierra de su choza donde vivían ella, Tillie y su hermanito. Miró a su alrededor a la pieza vacía, la única que tenía la choza. Observó los ventanucos que apenas permitían entrar la luz. No había en esa habitación muebles cómodos; sólo las sucias esteras de paja que usaban como mantas.

Entonces se acordó de las cosas lindas que ella y Tillie habían tenido. Habían vivido en una gran ciudad de Sudáfrica, llamada Johannesburgo. Su hermosa mamá las amaba y había preparado un lindo hogar para ellas. Su bondadoso papá les traía regalos y golosinas cuando volvía de trabajar en el hospital. Pero la mamá se enfermó y murió, y el papá llevó a vivir a los niños a esa aldea pagana. Luego el papá también murió. Su tía Nyamukaiongo vivía en la aldea, pero ella no creía en Jesús. Tampoco creían en Jesús los demás habitantes de la aldea de su papá.

-¡Nunca volveremos a ver Johannesburgo! -dijo Alicia-. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca más volveremos a tener camas, mesas, sillas, libros ni una estufa como la que mamá tenía! ¡Nunca más tendremos pan, leche ni queso! ¡Nuestra tía no ha visto jamás una manzana, un durazno ni un racimo de uvas!

-No debes hablar así -dijo Tillie-. Papá nos dijo que Dios nos recordaría. El no nos abandonará para siempre, sino que nos guiará a un lugar mejor.

Alicia se sintió consolada. A ella le gustaba que Tillie hablara acerca de cómo Dios las ayudaría. Le gustaba especialmente cuando Tillie contaba cómo solían ir a la iglesia con la mamá: usaban lindos delantales rosados, zapatos negros y brillantes, y escuchaban historias acerca de Jesús y de ser buenos. Pero a veces cuando Alicia se juntaba con los otros niños de la aldea, se olvidaba de las cosas que Tillie le contaba. En ocasiones las niñas se burlaban de ella porque no hacía las cosas que hacían los demás niños.

-Te ves horrible -le dijeron un día-. Tienes la piel lisa como la de una serpiente, ¡y a nadie le gusta una serpiente!

Luego le mostraron las decoraciones que tenían en sus vientres. Se las hacían cortándose la piel y frotándose esos cortes con carbón negro; cuando los cortes se sanaban, quedaban las cicatrices bien abultadas.

-¿No duele eso? -preguntaba Alicia.

-¡Claro que duele! -le dijeron sus amigas-. Pero hay que hacerlo. Tillie no quiere que tú seas hermosa. Alicia cedió a sus insinuaciones. Cuando Tillie descubrió lo que había hecho, la regañó y la castigó.

-Lo que has hecho es algo terrible. Jesús no quiere que lo hagas. ¡Si papá estuviera aquí te castigaría más fuerte!

Alicia aprendió que sería mejor que nunca más hiciera cosas como ésa.

Tillie le enseñaba a Alicia a amar las cosas hermosas que Dios había hecho. Recogía de la selva flores



de un color púrpura intenso y se las ponía en su cabello. Y también le ponía algunas en el cabello a Alicia, y le hablaba de los sombreros con flores que las señoras usaban en Johannesburgo.

-Eran grandes y de lindos colores y eran hermosos -le dijo-. Tenían una seda llamada "cinta" de colores vivos. Cuando mamá iba a la iglesia con papá y con nosotros, usaba un sombrero. Se la veía preciosa.

-¡Oh, cómo quisiera que tuviéramos hermosos sombreros y vestidos de lindos colores! -dijo Alicia-.

¿Nunca saldremos de esta aldea sucia?

-Sí, hermana. Alguna vez lo haremos -dijo Tillie-. Dios contestará nuestras oraciones. El nos recordará.

Alicia y Tillie trabajaban mucho. A la mañana cuando se levantaban, lo primero que hacían era enrollar sus esteras. Luego la tía Nyamukalongo les buscaba trabajo. A veces Alicia se escondía en la espesura de la selva para no tener que trabajar. Pero Tillie siempre la encontraba, y Alicia tenía que sachar, o escardar la tierra de la huerta con la azada, y tenía que juntar leña para hacer fuego para cocinar y para calentarse. Con Tillie que la vigilaba, Alicia no podía portarse muy mal. Tillie la amaba y quería que fuera buena.

Tillie se mantenía siempre alerta para buscar alguna forma de hacer la vida más feliz. Nunca dejó de creer que Dios las ayudaría. Pero como pasaban los días y no llegaba ayuda, Alicia comenzó a temer que nunca saldrían de ese lugar.

Entonces un día su abuela, que vivía en una aldea distante, le dijo a la tía Nyamukalongo que enviara a Alicia y a Tillie a su aldea. El viaje a pie les llevó varias horas. En el camino vieron grandes mandriles y monos que chillaban y se hamacaban en las ramas descarnadas de los árboles. Y sabían que en la espesura del matorral, a los lados del sendero, bien podía estar tomando la siesta un leopardo manchado, o escurrirse por el suelo una serpiente. Estaban acaloradas y cansadas, y cuando finalmente llegaron a la aldea, se alegraron de poder descansar.

El día después de su llegada, mientras Alicia estaba ocupada escardando la tierra de la huerta, oyó campanas que tocaban. En ese momento Tillie corría hacia ella.

-¡Hermana! -gritó Tillie-. ¡Escucha! ¡Escucha! ¿Oyes las campanas que nos llaman? Estamos cerca de una iglesia. ¡Hoy debe ser sábado! -y mientras hablaba, saltaba de entusiasmo.

Las niñas corrieron a donde estaba la abuela, y le preguntaron si podían ir a la iglesia.

-No -dijo la abuela-. Si van, la gente de allí querrá que Uds. también asistan a la escuela. Las niñas no deben ir a la escuela.

Pero Alicia y Tillie le rogaron que las dejara ir, y la abuela finalmente accedió. ¡Cuán felices se sintieron!

Se vistieron lo mejor que pudieron con pedazos de tela, porque no tenían vestidos. Luego salieron en dirección al lugar donde sonaban las campanas. Después de caminar mucho, llegaron finalmente a la iglesita de la misión. Al entrar, escucharon las historias y los cantos que habían solido oír en Johannesburgo. También repitieron el Padrenuestro. Al terminar la reunión, las niñas se sintieron agradecidas cuando una bondadosa misionera las invitó a regresar el próximo sábado.

La misión tenía una escuela. Esa semana Tillie le preguntó a la abuela si ella y Alicia podían ir a la escuela. Nuevamente la abuela se negó a darles permiso, pero esta vez estaba realmente enojada. Las amenazó con los puños, sacudió la cabeza, saltó airada y gritó. Pero Tillie se había propuesto ir a la escuela con su hermana.

Las niñas continuaron rogando a la abuela que las dejara ir, y el director habló con el jefe de la aldea, y le llevó a la abuela algunos regalos. Finalmente ella dijo que podían ir. Las niñas apenas podían creer las buenas noticias. ¡Después de los meses que habían pasado en aldeas paganas, finalmente podían regresar a una escuela cristiana, limpia y aprender más acerca de las cosas que tanto amaban!

Esa primera tarde fue maravillosa. Trajeron agua y prepararon la cena, y una dama bondadosa les leyó historias acerca de Jesús. Luego se acostaron y se cubrieron con mantas abrigadas para dormir. Tillie susurró:

-¿Ves, hermana? Dios no se olvidó. Yo sabía que nos recordaría si éramos pacientes y esperábamos en él.

-Sí -dijo Alicia-. Ahora podemos ir a la escuela y usar vestidos limpios y las misioneras cuidarán de nosotras. Cuando seamos grandes, aprenderemos más acerca de Jesús y de cómo hacer su obra.